

UNA JOYA DEL PAÍS VASCO-FRANCÉS

EL PALACIO D'ABBADIE

El viajero que desde el viejo solar hispano se dirige hacia la antigua Galia siguiendo la ruta de Guipúzcoa ensancha al fin su campo de visión después de atravesar estrechas cañadas flanqueadas de agrestes montañas al llegar al valle formado en la desembocadura del río Bidasoa

A lado del Levante la Peña de Aya muestra sus tres desiguales coronas; por el Poniente se alza la barrera que al mar opone el monte Jaizquibel, y al Sur el montecillo llamado Arcale cierra el marco. Vénse á lo lejos y del lado Norte las primeras construcciones francesas y en el centro del inmenso anfiteatro, campos sembrados de maíz, tierra fangosa, corrientes de agua tributaria del río, caseríos, villas de recreo, un convento, casetillas de carabineros la vía férrea, y dos poblaciones: la villa de Irún y la ciudad de Fuenterrabía

Pronto la vista se fija en esta última. Lo pintoresco del lugar, su apariencia de *pueblo de juguete* embutido en graníticas murallas y coronado por maciza torre de iglesia, atrae el curioso visitante hacia aquel sitio agradable y maquinalemente se toma el tranvía y después de veinte minutos de marcha por lugares que quedan para siempre grabados en la imaginación de quien tuvo la fortuna de verlos, llégase á la Muy Noble, Muy Leal, Muy valerosa y Muy siempre Fiel ciudad, según reza el letrero de su, vieja y derruida fortificación

No es nuestro fin el narrar las impresiones que allí experimenta el expedicionario. Esto daría materia para llenar muchas páginas de esta Revista; y vamos á acercarnos á lo que fué el objeto de estas líneas para no divagar más sobre los que le rodean.

Desde Fuenterrabía divísase al otro lado del río y en tierra francesa, una hermosa playa á cuya orilla preciosas casitas forman un destaralado pueblo: es Ondarraitz. Más lejos, y hacia el Norte siempre, se eleva el terreno bruscamente, formando una loma de débil elevación. Y sobre ella se encuentra una posesión hermosa, una muestra exquisita del buen gusto de quien fué su dueño, algo de grandioso y que evoca misteriosas reminiscencias entre los campesinos vascos de ambas vertientes del Bidasoa. Nos referimos ai magnífico palacio regalado á la Academia francesa de ciencias por Mr. Antoine D'Abbadie.

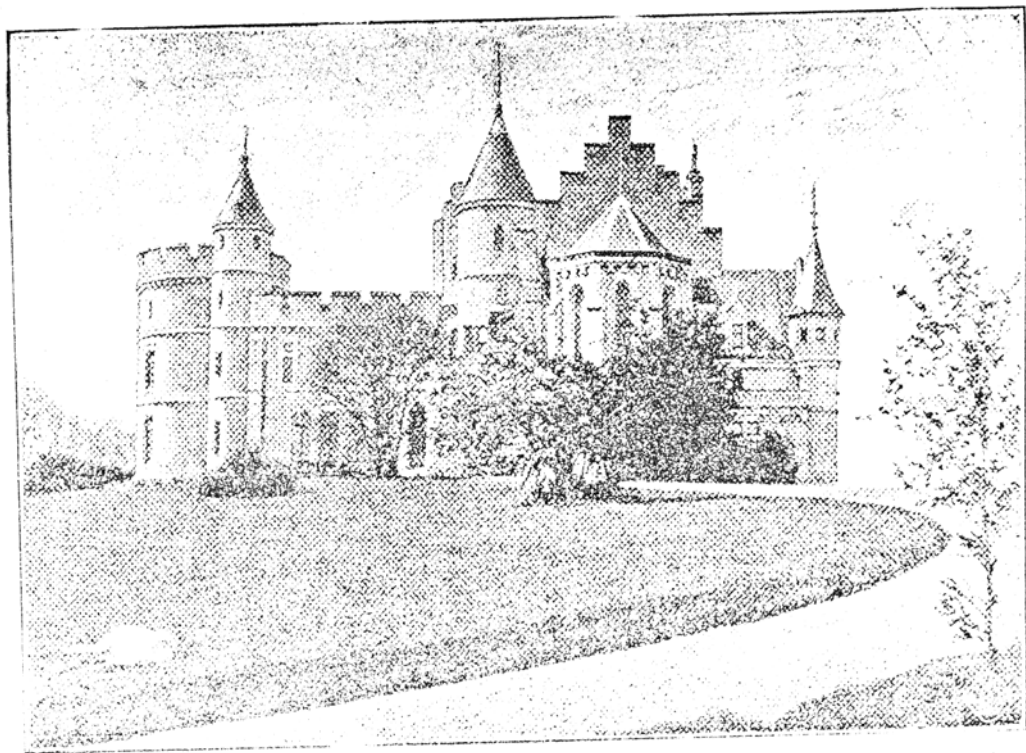
Soberbio regalo. Una propiedad de 350 hectáreas de tierras donde se levanta el castillo construído según planos del ilustre Viollet-Le-Duc, modificados y ejecutados por el arquitecto Duthoit, con reminiscencias históricas de los siglos XIV y XVI; un observatorio astronómico dotado de todos los instrumentos necesarios. Una síntesis de ciencia y de arte. El compendio de la vida de un hombre trabajador y sabio.

Abbadia es el nombre de la finca y puede considerarse como una maravilla tanto por el aspecto artístico del exterior de las construcciones, como por el decorado y muebles del interior, y la belleza del sitio en que está enclavada.

Nuestros lectores podrán ver por Ins ilustraciones que acompañan á este artículo, el interés que va unido al palacio del difunto monsieur d'Abbadie. Sobre todo la profusión de muebles, armas y objetos exóticos que le adornan. Son en gran parte recuerdos de Etiopía traídos ó reconstituídos por el propietario. Porque Mr. d'Abbadie fué el primer francés que vivió largo tiempo en el país de Ménélick. Como que estuvo allí once años, de 1837 á 1848 y puede decirse que sin ninguna misión oficial.

Nacido en 1810 en Irlanda era un vascongado de la cabeza á los pies. Dícese que descendía de esos monjes láicos instituídos por Carlomagno para defender la frontera contra las incursiones de los sarracenos. El nombre de Abbadie viene de Abbadia y designaba esas comunidades de guerreros de orden especial, que vivían en el país vasco lanza en ristre á la menor alerta. Así al menos lo afirma Mr. Guy Tomel.

Lleno de una curiosidad infatigable Mr. d'Abbadie quiso explorar



EL PALACIO D'ABBADIE

países poco conocidos y dió sus preferencias á la Abisinia y regiones vecinas á las fuentes del Nilo. A los veintisiete años marchó con su hermano Arnauld y ambos se dedicaron á estudios geodésicos.

En el tiempo que duraron sus trabajos y cubrió el país con una triangulación obtenida por cuatro ó cinco mil levantamientos de posiciones, efectuados trescientas veinticinco estaciones sucesivas, lo que representa una zona de terreno de cerca de 11.000 kilómetros de larga por 250 de ancha (Informe de Mr. Mannoir en la sesión de clausura del Congreso de Sociedades sabias de 1890).

El trabajo fué enorme y Mr. d'Abbadie ha merecido ciertamente bien de su patria.

¿Es de Etiopía de donde Mr. d'Abbadie trajo los proverbios y sentencias que adornan Abbadia, desde el portal de entrada hasta los techos de los pisos? Los hay en todas las lenguas, y entre ellos algunos bien curiosos. Por ejemplo el que se lee bajo unos calados que representan los trabajos de la aguja:

Visto á los otros y quedo desnuda

Otra sentencia inscrita en las paredes de la biblioteca dice:

Basta un loco para echar una piedra á un pozo; se necesitan seis cuerdos para sacarla.

Otra sentencia también de la biblioteca y que se refiere á los trabajadores modesto:

También la pequeña zarza da sombra.

Bajo los frescos del comedor se lee:

¿Dónde está tu patria; ¡Oh pedazo de pan?

Todas estas sentencias y otras muchas más, están menos á la vista que los dos dísticos latinos que se hallan en la escalera de honor cerca de la puerta de entrada:

..... hospes aveto;

Horoe sint rapidae, sil tibi fausta domus;

(Te saludo huesped; que las horas te parezcan cortas; que esta casa te sea de buen augurio!)

Se convendrá en que la recepcíon no puede ser mejor para el visitante.

También está en la escalera de honor una magnífica estatua de madera: «El esclavo etiope.» Estatua que sirve de candelabro

El modelo de esta obra de arte fué un esclavo abisinio en efecto, regalado por un rey de aquel país á Mr. d'Abbadie. Adb-Ullah, que era

el nombre del muchacho no quiso abandonar á su amo cuando éste regresó á Francia. Al poco tiempo abandonó el castillo y se alistó como voluntario zuavo tomando parte en la batalla de Magenta Vuelta del etíope al país vasco á casa de su primitivo dueño para marcharse de nuevo á París en donde se alista de nuevo en ... guardia nacional tomando parte en la sublevación de la Commune y muriendo fusilado al fin, sin que nadie pudiera entender su jerga franco-abisinia.

Muchas anécdotas pudieran contarse de este palacio en que los menores objetos tienen su leyenda Mas nosotros confesamos que ignoramos la mayor parte, y aún estas contadas, debidas son al conocimiento que del asunto tiene Mr. Guy Tomel, uno de cuyos escritos copiamos en parte.

Hemos dicho que Abbadia no es sólo un palacio que encierra artísticas é interesantes riquezas arqueológicas. Abbadia es además un excelente observatorio astronómico construído treinta años antes del palacio para estudiar los movimientos seísmicos más de 20.000 observaciones han sido hechas. Allí apreció Mr. d'Abbadie con sus instrumentos de precisión, que hay un movimiento seísmico diario con su máximum y su mínimum y muchas otras cosas de gran interés para la ciencia. Allí observó el descenso gradual de las costas del Sudoeste de Francia. Y una prueba del mérito de sus trabajos está en que el insigne geógrafo Eliseo Reclus los cita en su monumental obra «Geografía Universal.»

El Palacio está muy bien conservado y merece una excursión de todos los aficionados de lo bueno y lo bello. Es verdad sin embargo, que está sin concluir. Y le falta sólo un pequeño detalle: una piedra de una de las ventanas. Pero esta falta no se subsanará jamás pues es un voto del difunto es-propietario, que no lo sea. Napoleón III había prometido á Mr. d'Abbadie asistir á la colocación de la última piedra de In casa que acababa de construir. Pero todo esto se pasó en vísperas de la guerra franco-alemana de 1870-71. Napoleon III fué derrotado y hecho prisionero en Sudán y no volvió á Biarritz desde donde se hubiera trasladado á Abbadía La piedra quedó sin poner y el curioso que hoy visita el palacio, ve con el corazón angustiado esa muestra del escaso valor de las promesas humanas, aunque estas sean imperiales.

J. GARRIDO.

